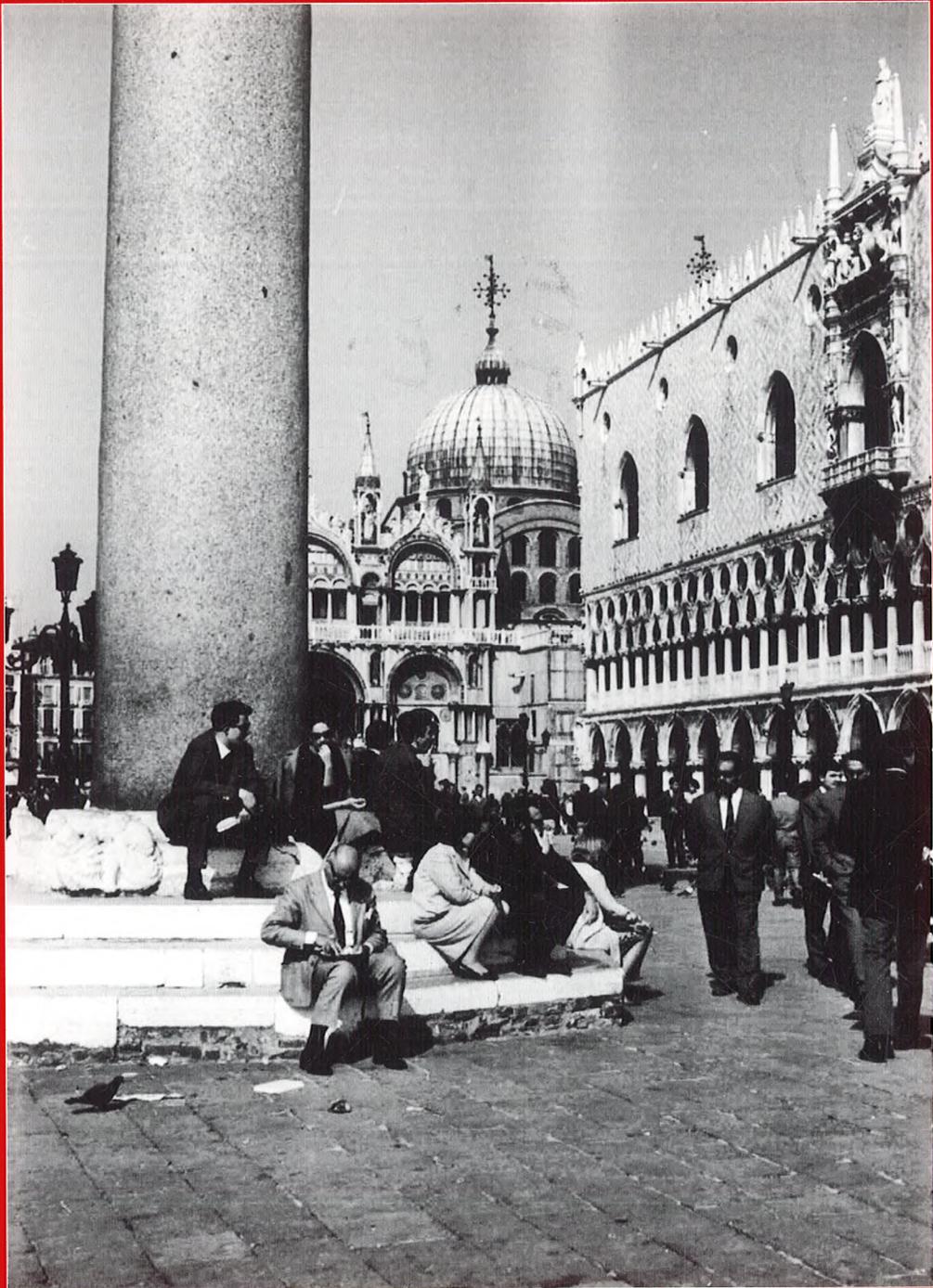


ANTONIO GALA

de la promoción recalcitrante al intimismo novelado

* Eduardo Tijeras

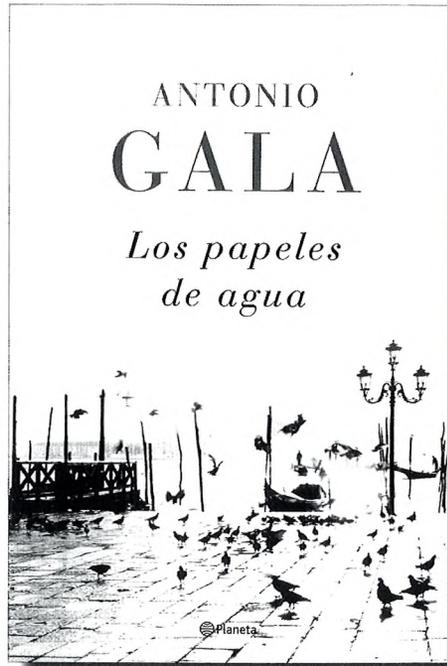


Plaza San Marcos de Venecia. Foto: Eduardo Tijeras.



1 El escritor Antonio Gala, visto por fuera, es un «plato de gusto» en el zafarrancho de la gastronomía propagandística a la que tan aficionada es el periodismo popular (eso tiene su mérito y denota «convicción de autor»). Aislado voluntaria y eventualmente en lo que por las fotos parece una hermosa finca-parque situada en los altos de la Costa del Sol, sólo emerge a la luz pública para entrevistas y promociones, delicia de editores, como ahora que se prepara la edición de una nueva novela, *Los papeles de agua*, con escenario veneciano. Allá sería el viaje de la primera presentación con periodistas invitados, irreprochable iniciativa en el arte de vender libros.

La mayoría de los protagonistas de Gala son mujeres un tanto maduras, o una sola mujer repetida externamente poliédrica, más bien insatisfecha, de aire burgués en rebeldía e incómoda con los prejuicios y las insuficiencias de la plenitud. Tiene gracia cuando en la exigencia, probablemente legítima según las reglas convencionales del género, de otorgarle credibilidad e independencia al personaje, el autor pospone sus propias experiencias a las de éste y pretende convertirse en mero asombrado transcriptor. «Siempre he tenido la



sensación de que ella [el personaje] existe de verdad», con lo que las acciones —viajes, opiniones, amores— vienen «impuestas» por la fuerza del personaje creado y no vividas y promovidas por el autor. Así resuelve en parte, a título de pretensión, uno de los mayores problemas de la novelística, que es la dosis autobiográfica que el autor esté dispuesto a deslizar y a disfrazar, una de las grandes tonterías y falsificaciones de la narrativa dramática, lo que en el caso de Gala no funciona del todo por no ser éste heterosexual o antinómico, circunstancia que hace el desdoblamiento más fácil y casi natural (no le ocurría lo mismo, por ejemplo, a Pavese, también dado al protagonismo mujeriego, que por cierto consiguió matarlo). Hay contraste entre su sentimiento de soledad electa y su gran popularidad socioliteraria, el exquisito y mimético bocado público que representa para los *mass media* y nutre por ahora este comentario un tanto desenfadado y externo en parte.

Aranguren lo calificó, y él repite con fruición, de «solitario solidario», pero se echa de menos aquí una cita de Camus, que es el autor de la frase y figura en uno de los cuentos de *El exilio y el reino* (relato *Jonas o el artista en el trabajo*) como ambigua alternativa entre solitario o solidario. Gala asume las dos opciones a la vez y no repara en la contradicción. Claro que cuando en otro orden habla de soledad, aparte de la soledad constitutiva de todo ser humano y de la sucedánea compañía de sus tres perrillos y de sus inveterados bastones, más bien se refiere a la soledad de la ausencia de amante (o de Amor, perseverante *leit motiv*).

Con el autor de *Enemigo íntimo*, breve buen libro de poesía que yo ahora recuerdo haber comentado de primerizo tardío hace casi medio siglo en el *Diario de Cádiz* cuando el joven aún solventaba su errabunda estancia madrileña en casa de los amigos, existe la garantía de que sin usar máquina de escribir ni ordenador no se convierte uno necesariamente en un zote involutivo ajeno a los nuevos soportes.

Grave presentimiento

Eterno «adolescente», niño prodigio, de verbosidad con retruécano, todavía iluminado por la fe romántica de quien está ya en la periferia octogenaria un poco en la atmósfera del Dorian Gray wildiano o de Peter Pan, sentimentalmente disponible, o frustrado y, pese a su finura, personaje de *marketing* con mitificados antecedentes incluso de novicio cartujano en la antigua Nuestra Señora de la Defensa, de Jerez, que el siglo rescatara en buena hora para que pudiera expre-



sar su mensaje¹ (y visajes coquetuelos), surge de pronto en charla con la entrevistadora (Elena Pita) una nota grave y comprometida, que sin embargo no es extraña en su ámbito de culto a la imagen propia y al dionisiaco anhelo farmacológico de belleza física y moral. He aquí la nota: «Sé que me suicidaré en el momento en que algo empiece a fallar» (otoño en puertas de 2008). Vemos que de la adolescencia romántica a la fatalidad del estoicismo hay un paso, que es justamente el paso del tiempo, el deterioro y la experiencia. (Permítase nota personal: cuando éramos más jóvenes y yo escribía *El estupor del suicidio*, Gala se burlaba de mí con deliberada ligereza y decía que yo estaba esperando que él cometiera suicidio de un momento a otro a fin de poderlo incluir en la profusa galería de escritores suicidas del libro. Y sería de mal gusto añadir el abominable sarcasmo de que todavía se está a tiempo, en términos generales y sólo en este caso de raíz eutanásica).

Por vivencias y cultura, Gala está íntimamente ligado a Córdoba (y por cierto ha renunciado a ocultar que nació en un pueblo de Ciudad Real). De Córdoba procede Séneca, que ya en el siglo I hablaba del suicidio como una puerta de salida a la ferocidad del destino que el hombre (y en este caso también Nerón) puede controlar. Cabe desear entonces que la vejez y los achaques le sean benignos y que el poeta ungido por la fama y los desvelos promocionales traicione su convicción autodestructiva. Con todo, es probable que incluso haya que leer la novela, más que nada por la fascinante Serenísima y lo que contenga de reflexión personal de autor una vez solapadas las pueriles reencarnaciones de la ficción y las ¿inevitables? concesiones al mercado. Recordemos a tales efectos el cosmopolita diplomático habitante de los hoteles de lujo y extraordinario viajero de los grandes expresos europeos, Paul Morand, que escribió ya en la vejez: «Me siento desencantado del planeta entero, a excepción de Venecia».

2 En la noticia, crítica o reseña de un trabajo artístico o literario siempre hay diversos métodos de aproximación, entre los que destacan fundamentalmente el de tomar la pieza como un objeto independiente en sí mismo, válido por sí solo, aceptando que las convenciones de la propuesta son inapelables o, complementaria y extraoficialmente, incidir en las circunstancias externas de su gestación, en el carácter del autor y en el andamiaje desnudo del escenario, que en

¹ Transmitido a través de diversos géneros —poesía, teatro, televisión, novela—, entre los que destaca una sección breve de gran relevancia tipográfica y difícil nomenclatura en periódico de tirada nacional, cuyo director la justifica disciplinada y formalmente incluyéndola en el apartado de «firmas de relumbrón», con las que se adorna el rotativo, a veces sin clara idoneidad.

el caso de la novela, por ejemplo, tiene mucho que ver con la realidad personal del citado autor y el oficio de la ficción y sus interesantes alternancias y metamorfosis. Este segundo método, aquí preferido, es más legítimo en tanto en cuanto los materiales de la especulación recensionista puedan extraerse de la propia novela, sin por ello desdeñar cualquier otro dato que aparezca por cualquier otro vericuerdo, campo abonado en un autor de tan profusas declaraciones.

Ejercicio didáctico

La novela de Antonio Gala *Los papeles de agua* (Planeta, 2008, 456 pp.), ya a la vista, se presta bien a lo que me planteo como ejercicio particular, que dicho sea de paso no es demasiado recomendable en el ámbito del criticismo puro o académico. Ni siquiera en las novelas corales, tipo *Los desnudos y los muertos* de Mailer o *Vida y destino* de Grossman, deja de tener importancia el punto de vista a adoptar, ya que muchos, pocos o uno solo de los personajes que se erigen en conscientes instrumentos de la acción han de someterse forzosamente a las condicionantes estipuladas de su propia personalidad y circunstancias, en el sentido, por ejemplo, de que sería chocante poner en boca de una sirvienta analfabeta reflexiones sobre la estética de Hegel o la mecánica cuántica.

En este aspecto, Gala, con deseos de liberar un cierto anhelo cultural, estético y discursivo del que ya se siente poseído por razones de edad y conocimiento, ha elegido correctamente desdoblarse en un personaje apto y flexible. La aptitud consiste en no ir, como es tan frecuente, de más a menos en el binomio autor-personaje con sacrificada voluntad reductora cuando este personaje no cuenta con los mismos recursos verbales, sensitivos, ingeniosos y cultivados del creador, cosa que no ocurre aquí gracias a la sabia y bien sencilla elección del personaje, que es mujer instruida y veterana profesionalmente, pues se trata de una escritora distinguida y famosa ahora en fase depresiva y autocrítica cuya capacidad reflexiva, inquietudes culturales e histórico-poéticas pueden absorber y legitimar con propiedad la idiosincrasia del autor y conseguir que la incursión de éste en el personaje sea absolutamente cómoda y casi siempre identificable, salvo cuando por exigencias banales del género novela interviene la ficción, a sabiendas por nuestra parte lectora de lo peligroso, ambiguo, gratuito e impertinente que es el intento de disociar realidad personal y ficción o, en otras palabras, autobiografía e imaginación de trama y sucesos, pero lo primero de momento es lo que [me] interesa y sustantiva la obra.



Exordio fundamental

El ciudadano escritor Antonio Gala, sujeto maduro, consagrado en los medios y al que le falta una miseria de dos años para celebrar su octogenario, realiza un crucero de agencia de viajes a las islas griegas con punto de partida y regreso en Venecia, donde permanece algún tiempo otoñal y de preinvierno como escenario idóneo para decantar, digamos, su dañada concepción del mundo tomando apuntes irreprimibles sin ánimo de publicación y representativos de la baja estima en que se tiene la dama en cuestión.

«Lo que sí tengo claro es que no escribiré nunca más para que me lean —eso lo juro—, sino porque sienta la necesidad de hacerlo. Igual que el adicto que toma su droga para sobrevivir y matarse a la vez. Para tomar conciencia de mi vida». Y en esta propuesta la primera parte del libro —que al fin y a la postre deviene en novela con sus peculiares exigencias— contiene reflexiones de gran interés realmente aprovechables incluso para lectores distraídos o advenedizos, supongo, reflexiones, notas, esbozos de teorías y opiniones, repito, personales, en el sentido de que afectan antes con neutralidad a las «cosas de la vida» y al «yo» del pensamiento intransferible que a las condicionantes de la argumentación novelesca, ya convertidas en lógicas concesiones a la galería y al inevitable producto comercial que un editor acoge con gozo seguro de no arruinar su inversión.

En la llamada primera parte, largo exordio de contornos difusos, una vez que se pone de manifiesto el malestar existencial de la protagonista o *alter ego* del

Foto: Eduardo Tijeras.



autor, da igual, antes de que penetre el fantasma imprescindible de la ficción con su cortejo de amenidades al uso, tenemos la oportunidad de asistir a una serie de digresiones frescas, desenfadadas y «rencorosas» sobre asuntos literarios, la falta de esperanza, el sentido de la felicidad, la defensa de la frase hecha,² el núcleo de convenciones ya intolerables, la incorporación del mito, el vacilante rechazo de la ciencia como verdad indiscutible, el problema eterno de la comunicabilidad, los espejismos que desrealizan la vida, la tiranía de los equívocos, la inadaptación del escritor, con numerosas citas literarias, Canetti, Dante, Kavafis; curiosos manuales de telas, flores y joyas; el atisbo de la incoherencia y el desconuelo insondable de los amores perdidos, cuya evocación se produce en la humedad, el moho, la piedra flotante y la belleza de Venecia. «Te quise puerilmente, con una pasión profunda y delicada, acerca de la cual no he podido hablar ni una sola vez: no hubo nunca un momento propicio ni una propicia compañía. Cuanto más sensitiva es una persona, cuanto más casta y tímida, más necesaria es la máscara de risas y de puyas donosas». Contrasta con una serie de chocarrerías de posterior desarrollo que rompe intempestivamente cierta armonía de temperamento. Quizá en prevención de que lo puedan tachar de blando o cursi.

Eclosión erótico-mafiosa

Distinta es la evocación de un sentimiento hondo que la escenificación posterior a que obliga el giro novelístico con «gancho» y con sus disfraces ficcionales. No hay coherencia, o se trata de una incoherencia muy sutil, y quizá el fallo principal de *Los papeles de agua*, para determinados lectores algo reñidos con la fantasía, yo mismo, sea el abandono de la «confesionalidad» pura, cotidiana y sincera que nutre la intención de las primeras páginas, a poco reorganizadas en un zipizape de pizpiretas bellas muchachas lesbianas o bisexuales (buen pretexto para la interlocución y el discurso adoctrinador), como también es bisexual la escritora que narra; intervención de un amante apolíneo y gran macho de cama que eleva a nuestra buena mujer insatisfecha a los máximos delirios del intercambio sexual, especie de cópulas cósmicas de heroína mítica con visos de catarsis, todo eso vertebrado en una misteriosa y pálida malla de implicaciones mafiosas

2 Frases hechas fustigadas en la impugnativa y unilateral biografía que le dedicó el filólogo sanluqueño Manuel Asensio (*Vida y secretos de Antonio Gala*. HTX, 1996). Bien informada, plena de datos de primera mano y anécdotas, es unilateral porque no le concede ni un solo beneplácito al protagonista, aunque el sentido del humor y la campechanía irónica suavizan bastante la agresiva y útil vivisección. Existe otra aproximación biográfica anterior a cargo de José Infante, que no conozco.



en la que está enredado el bello y especial amante, un asesino en verdad, pero no puesto en el rol del malvado corrupto, sino tratado como el «justiciero», el héroe que confusamente lucha contra la iniquidad de la organización delictiva.

Con sus pertinentes rayitas de cocaína, este *constructo* es la epifanía de la grafómana dama en la que también cae rendida la mismísima fascinación de Venecia, ya transfigurada por gracia de los desatados coitos. Un pastel digestivo. Sería ridículo deducir, por otra parte, que la recurrencia a la mafia es inverosímil o desprovista de interés dramático. Nada de eso. Lo que ocurre es que en el decurso narrativo desaparece algo, a nuestro juicio, de mayor entidad, insustituible, y se trata de la *prefiguración ontológica* ya comprometida y explícita del personaje, aparte de que para mafia existen centenares de documentos, ensayos, filmes e informes más directamente entrañados en el asunto, cuya historia real de bandidaje, asesinato, contubernio político e ideología es otro mundo con fuentes bien discernidas y nombres como los de Pasolini, Sciascia, Puzo, Saviano (éste último autor de la desmitificadora novela *Gomorra*, perseguido a muerte por la Camorra napolitana y llevada al cine por Garrone, ¡las erres se confabulan!), e historiadores como Romano, Novacco, etc., que son más que suficientes para quien quiera adentrarse en el problema.

Sostenida y esplendorosa decadencia

Queda Venecia, el escenario. Lo mismo que invocamos literaria y familiarmente un Dublin de Joyce, un Londres de Dickens o un Buenos Aires de Borges, no es tan fácil hacerlo con Venecia por la sencilla y conocida razón de que es un microcosmos de interés generalizado, multitudinario, único. Si no imposible, raro es el escritor o artista que no ha vagado por la república de los dogos, desde Montaigne y Montesquieu a Proust, Sartre y Hemingway. Lord Byron atravesaba a nado los canales con un puro en la boca seguido en barca por su servidor. Hay una Venecia de Casanova, muy bien descrita por Félix de Azúa; una Venecia de Ezra Pound, que allí murió modestamente habiendo llegado demasiado tarde a la «incertidumbre total», o una Venecia actualizada del comisario Guido Brunetti, el personaje novelesco de la norteamericana Donna Leon, que también ha protagonizado con éxito una serie televisiva (emitida aquí por LD) e inspirador incluso de un libro curioso que cartografía con detalle las costumbres y andanzas del comisario por su Venecia que incluye interiores, tascas y rincones algo inéditos (Toni Sepeda (¡va de mujeres, pardiez!): *Paseos por Venecia con Guido Brunetti*. Seix Barral, 2008). Wagner fue transportado entre coronas y ya cadáver en góndola por sus canales rumbo a la vieja y sombría estación de ferrocarril ennegrecida por el hollín

carbonífero, actualmente reedificada y ajena al esplendor arquitectónico. Fea. Y hay una Venecia de millones de turistas, que son en realidad los que permiten que el glorioso pasado histórico y monumental de estas islas entrelazadas no se hunda definitivamente en el lodo, porque la decadencia suburbial es evidente y ávido el deterioro del salitre, la humedad y el *acque alte* en medio del esplendor palaciego y las casas modestas y reumáticas sin comodidades con los bajos deshabitados. Paul Morand escribió un libro de melancólicas memorias titulado *Venecias*, en plural, las suyas y distintas, permaneciendo, como declaró, «insensible al ridículo de escribir sobre Venecia», lo cual quiere decir que cada uno, por inocuo y adocenado que sea, tiene derecho a su «jornal de gloria» bajo las gráciles farolas de la Serenísima y el fluir de las mareas entre sus erosionados mármoles. Derecho de cada nuevo visitante a estar por encima del tópico.

Como es natural según propósito, Gala no llega inerme a Venecia, sino que lo hace ojo avizor, pertrechado de lecturas y los poros abiertos a la luz y el ambiente y a veces se le nota que hace puro turismo, *dolce* vagabundeo con el callejero en mano anotando nombres urbanos, iglesias, estilos arquitectónicos y rasgos pictóricos, aunque se guarda de incidir en los lugares más comunes y no evita el placer de extraviarse en el dédalo de callejuelas y de manifestar determinadas preferencias generalmente relacionadas con pasajes solitarios y silenciosos. Le gusta por ejemplo la Giudecca, suburbio popular isleño que da nombre a un canal, y el *campiello* de San Giovanni. «Ser turista en Venecia es un mareo insaciable. Pero no serlo acaso sea peor; porque, al no tener cerrada la fecha de salida, corres el riesgo de caer en la adicción».

Las reminiscencias literarias son inevitables, a veces con cita y otras sin ella. «La vida es como un día», frase que ya emplearon Píndaro, Calderón de la Barca y Thomas Mann. A éste y a su *Muerte en Venecia* lo tacha de «tío pelmazo» que no se atrevió a decir al final «que le gustaba cierto camarero». Una licencia de la protagonista escritora, además de una malversación de *Muerte en Venecia*, sin perjuicio de que nuestro autor le adjudique (*leit motiv* citado) a su nihilista e iconoclasta mujer ensimismada la redención suma por el amor, el sexo y la exaltación ya escandalosa de Venecia representados por un mafioso justiciero que a su lado el David de Miguel Ángel es un desecho. Si Thomas Mann levantara la cabeza e improbablemente reparara en la solución de Gala, seguro que emitiría, en este aspecto que no pasa de trivial o humorístico, un calificativo semejante o peor.

Meritoria y fugaz es la visión hipostasiada de Venecia, gentes y luces, a través de sus pintores consagrados: «...las cúpulas con cielos arreciados y enredados en nubes de Tiépolo; los ponientes y el otoño en Tintoretto (...) las luces nacaradas en los rostros de Giambellino; la espesa sangre cálida en los cuerpos de



Foto: Eduardo Tijeras.

Giorgione... Está bien, para ya. No seas repipi. Me sucede siempre lo mismo, caiga en la cuenta o no. Para hablar sola doy demasiadas explicaciones».

La tristeza de Venecia, los parajes propicios al suicidio, la desolación y los desahogos horteras o sublimados de la vagabunda cuarentona, no recuerdo si divorciada o viuda, hermosa y culto-populista y el renacimiento del amor que renueva las fuerzas vitales y permite el éxtasis en el laberinto de los canales, todo eso resulta importante en tanto que *contado*, *evocado*, pero mucho menos, desvirtuado y más tópico, cuando llega la representación y encarnadura viva del cuento. Si aprendemos a separar una cosa de la otra, es decir, la intimidad y el reconcomio de la persona supuestamente real, a la que nos aferramos quizá por la ausencia de una teoría literaria mejor desarrollada, y las concesiones al orbe novelístico, aunque en el fondo todo sea novela y ficción —hay que sobrentenderlo bajo pátina cómplice—, podemos concluir que en *Los papeles de agua* hay zonas de indudable valía y que la Venecia de Antonio Gala, que era el motivo de la preocupación primera, posee una entidad seriamente elaborada y convincente.³ Avanzar en la vida es dejar de gastarse bromas con la realidad del yo intransferible, aunque el orden conflictivo de las sustituciones onerosas no termina aquí.

3 Igual que la narradora necesita desagraviar a Venecia tras el estallido del festejo sexual (la «pasión veneciana» tras la turca), nosotros necesitamos desagraviar a Gala, pues estábamos perdiéndonos negativamente en su imagen pública saturada de feligresas y sentencias de *connaissanceur*, y no es del todo así: tras la imagen pública y los factores promocionales de estrellato no siempre justificado, quizá deleznales, hay un buen escritor y un sujeto cargado de sensibilidad y cultura, que probablemente está mejor contándose a sí mismo subjetivamente lo que le pasa por la cabeza, sin más estructuraciones de género. Esta opinión poco ortodoxa sin duda se puede invalidar a partir del momento en que estoy dispuesto a reconocer que no soy experto ni lamentablemente fiel seguidor de su obra. La culpa de mi comentario hay que achacarla, pues, al rasgo estoico sobre la presunción de suicidio exhibido al principio, que en consecuencia me obligó a leer la novela, y a Venecia, la ciudad del Adriático sin un solo coche y con los palacios encima de pilotes de madera que mantiene en el transcurso del tiempo su especial atractivo.